

LÁPIZ

—¿Quién soy? —me pregunto, dentro del bote y rodeado de bolígrafos.

Parece que el jefe me ha oído. Coge el diccionario y busca «lápiz». De «lápiz» se dirige a «lapicero». Agarra el boli de mi derecha y apunta en su cuaderno:

«Lápiz: barra de grafito encerrada en un cilindro de prisma de madera que sirve para escribir o dibujar.»

Cierra el bolígrafo con la tapa, como de costumbre, y lo deja en el sitio de siempre; es decir, a mi lado. ¡Qué hay!

—¡Jon! ¿Has acabado los deberes? —pregunta la amá desde la puerta de la calle—. ¡Ha venido Aitor!

—¡Sí, ya voy! —Jon sale corriendo de su habitación, y deja el cuaderno abierto encima de la mesa.

Barra de grafito encerrada en un cilindro de prisma de madera y que sirve para escribir o dibujar. Eso dicen que soy.

Pues, sí. Vosotros diréis lo que queráis, pero el diccionario tan sólo se limita a describir lo que soy. Pero no dice nada acerca de quién soy, es decir, acerca de dónde nací, qué es lo que me gusta, qué es lo que me saca de mis casillas, qué me hace gracia, qué me hace llorar, de qué me alimento, qué me da dolor de tripas, qué hago cuando estoy solo, qué me gustaría ser...

—Claro —salta la goma de borrar, desde su esquina—. Todo eso no puede saberlo un diccionario, porque todo eso es personal, y tú, al igual que yo, no eres persona, eres cosa.

¡Ay, de verdad! Esta sabelotodo me saca de quicio. Toda la vida borra que te borra, la pobre no se entera de que se ha quedado sin imaginación.

—«Cosa, cosa...» ¿Y qué más da? ¿Acaso no tengo derecho a actuar como una persona? ¿Acaso no se convierten ellos en cosa cuando les conviene?

La goma me mira con cara un tanto borrada.

—¿Cómo dices?

—¡Que sí, mujer! —en carnavales, o cuando hacen teatro, o cuando inventan un cuento! ¿Acaso no copian nuestra figura y se ponen en nuestro lugar?

La goma sigue mirándome, no sé muy bien si espera respuesta o si está elaborando una nueva pregunta.

Un comienzo a dos voces

Yolanda Arrieta

—¡Ahaaaa! —contesta, por fin—. Pero eso...

—Eso, ¿qué? —le pregunto, con la punta bien afilada.

—Pues eso. Que eso es de mentiras, que no es de verdad.

Y, ala, se queda tan ancha, como quién descubre que el sol no vive en su casa.

La miro directamente, pequeño pero digno. Estoy a punto de soltar una frase con mayúsculas, pero al final decido callar.

Pasan varias horas. Toda una tarde. De pronto, entra la peque y se sienta en la silla de su hermano. Enciende la lamparita de la mesa y vuelca el bote de bolígrafos. Ahí salimos todos, patas arriba, el boli rojo, el verde, el negro, la regla, el rotulador amarillo, la pintura rosa, ala, todos desparramados por la mesa. La hermana pequeña de Jon nos mira fascinada y nos coloca encima del cuaderno de su hermano, juntitos y en fila india, al compás de un minicuento:

—El rojo enciende el fuego, el verde pone la hierba, el negro pinta la pared y la regla dibuja la puerta, el rotulador pinta al sol y la pintura da color a la flor, y este lápiz pequeñito escribe mi nombre AMAIA, con cinco letras y muuuuucho amor.

La niña podía haber elegido a otro para escribir su nombre, pero ya veis, me eligió a mí.

No volveré a quejarme, os lo juro. Ser lápiz o lapicero tiene sus ventajas. Los niños me quieren mucho, sobre todo los más peques. Me conocen cuando empiezan a garabatear y de pronto descubren su nombre: AMAIA.

—¿Qué, qué... has hecho...? —el hermano de la peque entra en la habitación—. ¡Amá! —grita, con los ojos fijos en su cuaderno—. ¡Amaia ha escrito su nombre encima de mis deberes!

Amaia se escurre hacia el pasillo por entre las piernas de su hermano.

Subo y bajo en su bolsillo, como si anduviera en un tiovivo.

GOMA DE BORRAR

¡Ay, qué triste estoy desde que se marchó Lapicín. Nadie me hace caso. Al menos antes mi jefe Jon me utilizaba para borrar sus Mates.

—En un saco hay tres pelotas. Si compro nueve sacos, ¿cuántas pelotas consigo? —recuerdo que leía en voy alta.

—¡Dieciocho! —decía todo seguro, y anotaba un gran 18 en su libro.

Claro, luego venía su padre a corregirselo.

—Jon, ¿qué has puesto aquí?

—Dieciocho —respondía Jon, todo seguro.

—Sí, pero, ¿tú crees que está bien?

—¡Pues claro! ¿Por qué?

Entonces su padre daba un hondo respiro y comenzaba a buscarme como con prisa. Me cogía entre sus dedos y me movía encima del 18 de su hijo. Jon se quedaba embobado mirando a su padre, como si no pudiera entender la razón por la que echara al garete todo su esfuerzo, todo su trabajo.

—No te quedes ahí mirando con cara de pasmarote —soltaba entonces su aitá—. A ver, ¿qué dice el problema?

Jon volvía a leerlo de mala gana, parando en cada sílaba.

—En un sa-co hay tres pe-lotas...

—Nada más leer el enunciado, levantaba la vista.

—¡Siete! —soltaba de pronto.

—¡Noo! —su padre, de brazos cruzados y la punta del pie derecho arriba y abajo.

—¡Nueve!

—¡Nooo! —su padre, de brazos cruzados y el pie derecho entero, arriba y abajo.

—¡Veinticuatro!

—¡Nooooo! —su padre, con los brazos alzados y los dos pies arriba y abajo.

Jon miraba al libro de Mates y el aitá volvía a respirar hondo. Después, se agachaba hacia su hijo.

—Mira, Jon. Coge un papel viejo y dibuja un saco con tres pelotas, y al lado, dibuja otros ocho sacos iguales.

—¿Ocho? En el libro pone que quiero comprar nueve...

—¿Cuánto son uno más ocho?

—Nueve.

—Pues eso.

—Jon dibujaba nueve sacos de pelotas y volvía a mirar a su aitá, cabizbajo.

—Veintisiete... —decía, en voz baja, muy baja.

—¿Cuántos?

—Veintisiete...

—¿Y cómo lo has calculado?

—Pues sumando tres más tres, más tres, más tres, más tres, más tres, más tres, más tres y más tres.

—¿Y qué es eso?

—¿Nueve por tres?

—O tres por nueve.

—¿Es lo mismo?

—Sííííí.

Y el padre de Jon me dejaba encima de la mesa, revolvía el pelo de su hijo y se marchaba a la cocina a preparar la cena. El chaval escribía un 27 enorme debajo del problema y me guardaba junto a Lapicín en su mochila. Bueno, mejor dicho, no con Lapicín, sino con Lapizón, porque por aquel entonces mi amigo estaba tan nuevo que parecía un palo de esos que ayudan a los atletas a saltar la pértiga. Allí solía llevarnos, en el bolsillo de su mochila, calle arriba, calle abajo, a veces en bus, a veces en coche, dispuestos a borrar todos los 18 mal aparcados.

Pero nuestro gran jefe Jon ya no me lleva a ninguna parte.

Me deja en casa, porque estoy medido cheposa, y como tiene más gomas grandes, de colorines y super olorosas, pues ya no me quiere para nada. Menos aún desde que comenzó a usar bolígrafos. Dice que no valgo para borrar tinta. ¿Y Don Lápiz Nuevo? Ese dice que no tiene tiempo de jugar con gomas pequeñitas.

¡Ay, dónde estará Lapicín! ¿Adónde se lo habrá llevado la peque? ¡Si supierais cuánto lo echo de menos...!